

EDDA

LA REVISTA DE LOS ALUMNOS CUMBRES

RELATOS | ENTREVISTAS | REPORTAJES
APODERADOS | PROFESORES | PASTORAL

Nº1 · JULIO 2020



| CONTENIDOS |

3

Mensaje inicial

5

Reportaje

Los nuevos juegos de los nuevos tiempos *por Nicolás Larraín*

7

Entrevista

Always & Never *entrevista a Miss Carla Bacigalupo*

8

Relatos

La lata de Eddie Crawley *por Archie Peart*

A un paso del arte *anónimo*

El silencio de Chiguao *por J. A. Löwe*

23

Apoderados

Flan de manjar *receta por Cecilia Mery*

24

Pastoral

Una reflexión para estos tiempos



| MENSAJE INICIAL |

Desde siempre, el relato oral ha sido parte fundamental en la identidad de un grupo, pueblo o civilización. Es a través de la palabra que podemos conectarnos, conocernos, entendernos y aprender de quienes quieren entregarnos algo.

En la Islandia del medioevo surgió la *Edda Poética* como recopilación de relatos míticos vikingos. A través de esta recopilación es que se pudo dar a conocer el rico mundo de este pueblo guerrero.

Sus costumbres, su forma de pensar y vivir, y su relación con el mundo, quedaron plasmados en la historia, en sus héroes, en sus hechos.

A partir de esta idea, es que surge la revista *Edda*, que busca ser un espacio de comunicación, creación e imaginación.

Es una publicación llevada a cabo por estudiantes que comparten el

interés por dejar escritas las historias, aventuras, sueños y mundos, que nacen y son parte del Colegio Cumbres.

Edda es la posibilidad de dejar una huella para que a futuro, las nuevas generaciones de vikingas y vikingos sepan quiénes éramos.

La puerta está abierta a quienes deseen participar: estudiantes, docentes, apoderados y para quien se sienta parte de este colegio.

Esta es la primera edición y, en verdad, esperamos que sean muchas más.

Para que *Edda* se mantenga en el tiempo es que contamos con sus aportes, texto, lectura o comentarios.

Porque vamos al rescate de la tradición vikinga, es que invitamos a todos quienes quieran ser parte.

Un pueblo sin tradición es un pueblo sin porvenir.

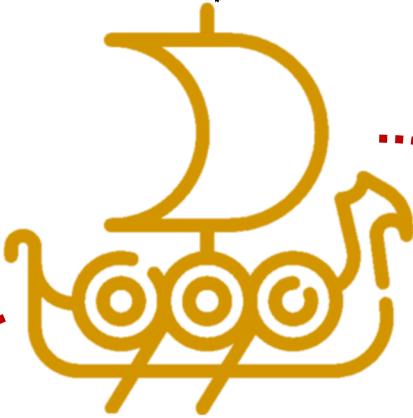
Equipo Edda



| EL SÍMBOLO |

¿Sabes qué es esto?

Drakkar /drakár/
Sust. m. del isl. «dragones»



Los drakkar eran grandes barcos usados por los vikingos.

Eran de madera, y se usaban para expediciones militares.



Guillermo el Conquistador cruza el Canal de la Mancha en drakkar franceses, en el año 1066.



| LOS NUEVOS JUEGOS DE LOS NUEVOS TIEMPOS |

Por Nicolás Larraín



La cuarentena revoluciona la entretención que conocíamos y el mercado se está adaptando.

No era hace ya mucho tiempo que podíamos juntarnos en persona, y podíamos hacer de todo. Nos juntábamos para practicar deportes o jugar, fueran videojuegos o juegos de mesa, o simplemente nos juntábamos para lo que fuese.

Claro que ahora no tenemos esa vida, y se han tenido que buscar nuevas maneras de hacer lo que antes era rutina.

El primer problema, el más importante que nos afecta a todos, es que simplemente no podemos estar juntos, y eso es devastador pues somos seres tan sociales que nos dañamos seriamente si no so-

cializamos. Para esto se creó la app de *Houseparty* por parte de Epic Games, una empresa asociada con la compañía china Tencent Holdings.

El propósito era asemejarse, como dice el nombre, a una house party (fiesta de casa) pues al conectarte, te pone en una videollamada («pieza») a la cual cualquiera puede entrar si es que lo tienen agregado como amigo.

Esta app fue muy popular, pero después de un tiempo se paró de usar por rumores de que se había hackeado el sitio y que datos se habían filtrado.

De la caída de *Houseparty* se elevó su competencia, *Zoom*, un sitio también de videollamadas pero distinto pues ofrece más capaci-



dad para usuarios en la llamada, pudiendo tener hasta 100, y con opción de poder pagar para llegar hasta incluso 500 miembros, comparado al máximo de 8 personas en *Houseparty*.

También son distintos en que *Zoom* tiene como base solo 40 minutos de llamada (con opción de comprar más) frente al tiempo ilimitado de *Houseparty*.

La última gran diferencia es el formato de las llamadas: *Zoom* requiere link o código para entrar mientras *Houseparty* usa el sistema de «piezas».

En esta cuarentena también se vio la transición de juegos de mesa en persona a poder jugarlos en línea. Un ejemplo de esto es *Colonist*, un reemplazo para el popular juego de mesa *Los colonos de Catán* o simplemente *Catán*.

Funciona esencialmente igual, con las mismas reglas y tablero pero, utilizando un formato distinto optimizado para el computador.



Otros juegos más producidos como *Dungeons and Dragons* también se han podido llevar online, con sitios como *D&D Beyond* y *Roll20* permitiendo el juego aún sin estar físicamente ahí.

En estos tiempos en que toda nuestra vida ha cambiado y las cosas están más difíciles es un alivio cuando vemos mecanismos nuevos para seguir con la vida lo más parecido a lo normal de antes.

Es importante que se hayan creado estos sitios mencionados, pues si no, toda esta experiencia de cuarentena sería aún más difícil.✍️



Answers by Miss Carla Bacigalupo, English Teacher

Always & Never



Childhood

I *always* enjoyed being with my family.
I *never* played hockey at school.



Love

If you love someone, you *always* tell the truth.
Lies *never* mean love.



Travel

I have *always* loved European countries.
I would *never* go to the Middle East.



Politics

Values are *always* essential.
I would *never* accept betrayal.



Weather

I *always* prefer sunny days.
I would *never* live in a rainy city.



Work

It is *always* an aspect of personal fulfillment.
Routine is *never* present in my job.



Food

I have *always* liked Italian food.
I *never* order spicy food.



Color

I *always* wear green clothes.
I *never* wear burgundy clothes.



| LA LATA DE EDDIE CRAWLEY |

por Archie Peart

Clank.
Así resonaba la lata de gaseosa después de dar un puñetazo. La mano sangraba.

—Genial —por fin verbalizó—, otro problema más a la lista del día.

Se sentó, rompió un pedazo de su ropa y comenzó a contemplar su nueva cárcel mientras hacía un vendaje. Quién diría que el afamado científico Eddie Crawley, quien había descubierto tantas cosas y roto tantas leyes químicas, terminaría encerrado dentro de una lata. Claro que estar dentro de una lata no era lo peor, pensaba para sí. Al menos, su vida no estaba peligrando por culpa de un gato de casa. Sería patético morir así. Aunque no tan diferente a morir dentro de una lata.

—Es bastante curioso que Crawley se fuese tan temprano —dijo alguien—. Él siempre es el último en irse. Bueno, por lo menos ya puedo cerrar el laboratorio.



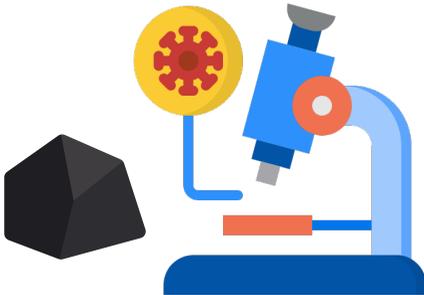
Intentaba gritar. Luego dedujo que no lograría tener suficiente volumen como para que se le escuchara. ¿Qué podía hacer? Cuando tuvo la respuesta, rezó por primera vez en quince años. Se levantó y embistió contra la pared de la lata. Esta perdió su centro de equilibrio, y cayó al suelo. Para su sorpresa, la velocidad terminal



al llegar al piso era mucho mayor a la que había calculado. Se cuestionó si se debía a que calculó con su tamaño normal y en metros. El sobresalto de quien cerraba el laboratorio fue tal, que chilló de miedo. Un papanatas, pensó para sí Crawley.

—¿Quién anda ahí? —se le rompía la voz del miedo—. ¡Estoy armado!

«Como si pudieras llamar el tener una engrapadora y un libro estar armado», se burlaba Eddie. Finalmente lo vio, era el nuevo encargado de muestras y maquinaria. Tenía cierta expertise en seguir órdenes. Crawley salió de la lata con las manos en alto: el de maquinaria casi lo mata con el libro.



Apenas lo vio un poco más claro, cosa que le costó porque los anteojos y su cabellera pelirroja le impedían la vista, chilló peor que cuando cayó la lata.

—Señor Crawley, ¿cómo terminó así? —preguntó.

—Pues, ¿ves esa máquina en mi escritorio al lado de mi bata de laboratorio? Me encogió —explicaba esperando que entendiese.

—Disculpe señor, no comprendo.

No iba a ser fácil para el científico comunicarse rápidamente con él en una situación así. No podía recurrir a un teléfono, solo podía escribir.

Miró a su alrededor, y vio un trozo de carbón que se le había caído a uno de los científicos.

Corrió hacia el libro y comenzó a escribir rápidamente lo que sucedió, y lo que necesitaba para arreglar la pequeña situación. Luego, comenzaron a trabajar. Uno conseguía los materiales, y el otro ensamblaba. No había inventado una máquina para encogerse para nada, pero no inventó una para poder crecer. Recurrió entonces a

RELATOS



su antigua prisión. No necesitó crear una máquina para volver a la normalidad, puesto que cuando terminó su proyecto, lo consideró mejor que estar en su tamaño nor-

mal. Ahora, Eddie Crawley tenía la primera *latacicleta* en la historia. Que después lo aplastase y mata-se, no fue algo que estuvo dentro de su control...✍



Archie Peart (seudónimo) es alumno de 1º medio, entre sus gustos se encuentran la música, las ciencias, los videojuegos y la comida.



| A UN PASO DEL ARTE |

Anónimo

Me encontraba a punto de ingresar a la galería de arte Art Vivant, una de las más prestigiosas de París.

Esta albergaba unos de los cuadros más famosos del mundo, entre ellos «La abadía de Melissa» por Felipe Gallur y «El silencio de un eucalipto» por Miranda Lemens, ambas obras conocidas por la sensación indescriptible que transmitían a sus espectadores. Estaba en busca de algún tipo de inspiración para mi proyecto uni-

versitario que tenía que entregar en agosto.

Por cierto, mi nombre es Camila Andrades, estudiante de artes plásticas en la Academia de Bellas Artes.

Era lunes por la mañana, por lo que la galería estaba prácticamente vacía, lo cual fue perfecto porque no me gustaba estar rodeada de tanta gente. Después de caminar un cuarto de hora había llegado a la portería.

—Un ticket.

—Son siete euros —dijo el guardia.

Le entregué el dinero y a cambio me entregó el ticket, con el cual entré rápidamente a la galería.

Pude recorrer los pasillos admirando detenidamente todas las obras y disfrutando del profundo silencio que había. Me detuve a observar más detalladamente una obra que me llamó mucho la atención. En esta había una señora





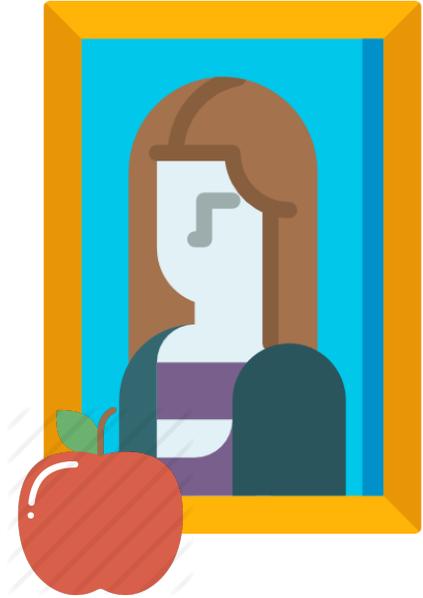
ra recogiendo manzanas de un árbol. Leí el cartel que se encontraba en frente del cuadro para saber más.

«*El manzano de la señora Rosa*»
Claudio Velázquez, 1967.

Era la primera vez que escuchaba el nombre de ese pintor, aunque había estudiado muchos pintores famosos. Además pude apreciar que su cuadro estaba hecho con una técnica que nunca antes había visto. Aquello me llamó mucho la atención. Me quedé unos minutos más analizando cada detalle y, luego, seguí caminando por la galería.

Mientras me encontraba apreciando otros cuadros a lo largo del pasillo, sentí que algo me tocaba la espalda, me giré y no había nadie. Pensé que seguramente me lo había imaginado, pero, después de algunos minutos, pasó de nuevo.

Esta segunda vez, estaba segura de que había visto una sombra detrás de mí. Mi corazón comenzó a palpar fuerte e intensamente. Empecé a caminar rápido



por los pasillos, los cuales parecían que nunca iban a terminar, en busca de alguien que pudiera ayudarme. Después de unos momentos, encontré a una señora que estaba en el corredor adjunto.

—¡Señora! ¿Podría ayudarme?!
—dije.

En ese momento la señora se dio vuelta y quedé petrificada. Su cara era igual a la persona que apa-



recía en «El manzano de la señora Rosa». Respiré profundo y mantuve la calma. Mi mente buscó una respuesta lógica: era una coincidencia, y seguí la conversación.

—¿Qué pasa, nena? —me dijo con un tono dulce.

—¿Le han estado pasado cosas raras?

—No, pero ¿por qué estás tan agitada?

—Lo que pasa es que, hace un rato, sentí que algo me estaba to-

cando, pero no había nadie alrededor.

—Puedes ir con don Claudio. Él es el dueño de esta galería y tiene acceso a las cámaras. Yo sé donde está su oficina.

—Sería de mucha ayuda.

—Sube al segundo piso, por las escaleras que se encuentran detrás de la puerta que está al final del pasillo, a la izquierda.

—Muchas gracias —dije finalmente.

Seguí las instrucciones que me dio la señora. Llegué a la puerta de una oficina, pero estaba cerrada. Toqué la puerta, pero no hubo respuesta. Me decidí a abrir la puerta, por la urgencia del asunto. Entré y busqué. No había nadie. Empecé a gritar.

—¡Don Claudio! —no hubo respuesta—. ¡Don Claudio!

Me di por vencida. No encontré al dueño de Art Vivant, ni tampoco las grabaciones de las cámaras de seguridad. Decidí volver a mi departamento e intentar olvidarme de todo lo que había pasado.





Para mi sorpresa, cuando estaba volviendo, encontré a un señor con traje y a la misma señora a quien había pedido ayuda antes.

—Es ella —le dijo la señora al hombre.

Al instante, personas, que ya había visto antes, aparecieron. Eran los personajes que se apreciaban en los cuadros de la galería. Algunos de ellos me tomaron por mis extremidades llevándome contra mi voluntad a algún lugar. Empecé a gritar desesperadamente.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —pero nadie me escuchaba.

Me arrastraron hacia una sala, cuyas paredes tenían lienzos en blanco y me empujaron hacia uno de esos. Mi cara no se detuvo al tocar la tela sino que siguió hasta atravesarla. Llegué a un lugar donde solo había blanco.

Después de que aquellas personas empujaron todo mi cuerpo al interior de este «lugar», podía ver lo que estaba ocurriendo afuera, pero no podía salir.

Es una cárcel, en la cual sigo atrapada hasta el día de hoy. Por favor tú, que estás leyendo mi mensaje, ayúdame. Por favor, ayúdame. 





| EL SILENCIO DE CHIGUAO |

Por J. A. Löwe



Algo al norte de la ciudad de Valdivia, no muy lejos de donde el Río Pichoy se junta con el Cruces, se encuentra un caserío muy extenso, plagado de bosques y animales. Chiguao era como se lo conocía en las cercanías hace unas décadas, y desde tiempos inmemoriales don Federico Hoffman había sido su dueño. Para el verano de 1925, su familia había mantenido un negocio agricultor en los terrenos que habían

sido plantados y en los que no, había colocado algunos grupos de vacas con esperanzas de en poco tiempo establecer una lechería. Sin embargo, aunque grandes territorios estaban siendo ocupados para los negocios, la enorme mayoría de Chiguao seguía siendo un lugar casi salvaje, ocupado por bosques aún vírgenes y con animales yendo y viniendo en libertad.

Ahora bien, cerca de abril del año mencionado vivía yo en Valdivia, recién llegado de Puerto Varas. Alto y delgado en esa época de mi juventud, callado a más no poder y bastante simple, había sido enviado por una compañía maderera a inspeccionar los bosques de la zona y su calidad, para sentar las bases de una futura explotación de la foresta que rodeaba Valdivia.

Decidí empezar por los bosques del norte, que para esa época todavía no se habían empezado a lotear.

Así, a mediodía del 11 de ese mismo mes tomé una pequeña carre-



ta que prometió llevarme hasta el Pichoy, el límite norte que la compañía le había impuesto a mi zona de investigación. Llegué a las cuatro al puente de madera que cruzaba el río, que se desplazaba lentamente por todo su caudal.

En la otra orilla, divisé un camino construido por sobre un pequeño lago aledaño, que se adentraba en los bosques de la rivera norte, los cuales, advertí, por ese instinto de los comerciantes que pensaba tener, que deberían ser de una buena calidad.

—Son veinte pesos —me dijo el hombre que me había conducido en su carreta. Le pagué lo acordado y le pregunté:

—¿Quién es el dueño de estas tierras?

—Don Hoffman, Federico Hoffman.

—Gracias —le respondí, y, tomando el maletín que contenía mis utensilios, salí de la carretera y me adentré en el camino que cruzaba el lago. A mitad de la ruta, un hombre joven a caballo me alcanzó por detrás.

—Buenos días, buen hombre. ¿Qué viene a hacer aquí?

Estaba vestido como cualquier inquilino, y hablaba con el acento característico de la gente del campo. Incliné la cabeza y le di mis señas.

—Vengo a inspeccionar la calidad de estos bosques.

—¿Sabe montar? —llevaba con él varios caballos y me ofreció uno.





Yo no había montado desde la escuela de equitación, pero todavía agarraba el ritmo—. Yo soy Pablo —me dijo, sonriente—. Lo llevaré donde el patrón.

Partió trotando, lo seguí como pude y, en media hora, estábamos atravesando campo abierto. Llegamos al frontis de una gran casa de madera al borde del río, y, en el porche, un viejo hombre se mecía en una silla mientras leía un periódico claramente atrasado. Al vernos llegar, levantó la vista.

—¿A quién traes contigo, Pablo?
— preguntó.

—Un señor que quiere saber de sus bosques —le respondió este.

—¡Ah! —dijo el viejo, y se levantó bruscamente, dejando el diario de lado—. Ya era hora de que la Comisión mandase a alguien. ¿Cómo se llama usted?

Desmonté y le dije mi nombre. No sabía nada de ninguna comisión, pero decidí no mencionar ese detalle.

—¿Viene a revisar mis bosques?



—Sí, señor...

—Hoffman, Federico Hoffman, el mismo que viste y calza. Déjeme decirle: hace seis meses que le escribo a la Comisión para que mande a un especialista. Al fin escuchan mis peticiones, así que vaya, recorra los bosques y deme una buena calificación.

Dicho esto, se dio vuelta y entró a la casa, no sin antes agarrar rápidamente el periódico. Quedé estupefacto y me volví hacia Pablo.

—Venga —me dijo—. Lo llevaré a los bosques. —Monté de nuevo y lo seguí.



Pasamos por algunas casas parecidas y pequeñas, de adobe y madera. No vi ningún inquilino. Bordeamos algunos corrales y huertas, y llegamos al borde de unos árboles altísimos.

—Aquí —señaló Pablo—. Para allá solo hay bosques. El caballo no le servirá de nada. Tenga... —buscó entre los talegos de su caballo y sacó una manzana—. Si consigue volver antes de las ocho, habrá cena en la casa grande.

Antes de que pudiese agradecerle, se dio vuelta y desapareció entre

las casas. Me encontré solo ante los bosques, y no tuve más remedio que entrar. Caminé un poco entre los árboles y examiné con la vista las plantas. La niebla pronto apareció y mi rango de vista disminuyó considerablemente.

Sin embargo, aún veía el sol sobre las copas de los árboles y me dispuse a hacer las pruebas y tomar las muestras de rutina. Me senté en una raíz que sobresalía del suelo y abrí mi maletín. Adentro tenía todo tipo de objetos para medir la calidad de la foresta que había a mi alrededor.





Empecé, como de costumbre, con un cuchillo bien afilado para escudriñar la corteza de un gran coihue que se encontraba enfrente de mí. Estaba a punto de cortar un trozo del árbol cuando escuché un ruido sordo a mis espaldas y, al volverme, vi mi maletín en el suelo. Cosa extraña, pues lo había dejado estable sobre una raíz relativamente plana.

Lo recogí, pero, cuando me disponía a dejarlo, observé que la raíz donde había estado ya no era plana. Al contrario, estaba retorcida en gran manera y ya no era estable. Me quedé pensando un momento y asumí que me habría confundido en cierto modo. Dejé mi maletín en el suelo y volví a mi tarea.

Sin embargo, el cuchillo había desaparecido. O al menos eso pensé hasta que vi que la herramienta estaba incrustada hasta el mango en la corteza.

«Solo la había hundido un poco —pensé—. Si todos los árboles son así de blandos, no tenemos ningún negocio aquí».



Traté de sacar el cuchillo, pero no lo logré. Probé con tanta fuerza como pude, pero el árbol no cedía.

«El árbol tiene fuerza propia» se me pasó por la mente. No supe cuánto tiempo estuve intentando sacar el cuchillo, pero cuando paré el sol ya no era visible en el cielo.

Había empezado a oscurecerse, aunque para mí no deberían ser más de las cinco. La niebla me envolvía y no podía ver a mi alrededor a más de uno o dos metros de distancia.

Solté un juramento y me di por vencido. En total, cuchillos había muchos y ese no tenía nada de especial. La luz era tan baja que tuve que buscar mi maletín casi a tientas y, cuando lo encontré, me pareció tan pesado que caí al suelo en mi esfuerzo por levantar-



lo. Finalmente logré despegarlo del suelo, y advertí que era noche cerrada. Para todos mis sentidos no habían pasado más de dos horas, pero en ese momento yo no era quién para cuestionar la verdad innegable que me presentaba la naturaleza.

Cargando mi pesado maletín me intenté abrir paso entre la niebla, los árboles y arbustos en una oscuridad total, cuando tropecé con una pequeña piedra y caí de bruces contra la tierra húmeda. Entonces advertí que me había quedado sordo.



Y era que, efectivamente o había desarrollado una inmunidad al sonido o me encontraba en el lugar más callado que alguna vez hubiese pisado.

Incluso en los momentos de silencio y relajación en el campo, puede uno escuchar de fondo una que otra bisagra oxidada, el ruido de un animal, el silbar del viento o solo el movimiento de las hojas. Pero el silencio en aquel lugar, debo decir, resultaba aterrador y penetraba adentro del cuerpo como el agua que erosiona las piedras de la costa durante la subida de la marea.

No era aquel un silencio natural, ni había posibilidad de escuchar siquiera un soplo de viento o a cualquiera de los animales que habitaban esa zona, y que eran demasiados para no oír, al menos, las pisadas lejanas de alguno de ellos. Me aterró ante tal situación, y, como cualquier hombre que es presa del miedo me enojé, me levanté y maldije a Chiguao, al señor Hoffman, a todos los árboles que me rodeaban y al mismo Pablo que me había indicado el lu-



gar. Pero todo esto lo dije para mí y solo para mí, pues no me atreví a romper ese silencio total que ya me causaba una especie de profundo respeto.

Fue entonces cuando lo oí. Un ruido maldito que rompió el insondable silencio en el que estaba sumido. Era, como advertí sin ninguna duda, una flauta. Pero no aquella flauta que suena tan dulce en manos de un niño pequeño, ni aquella que suena tan poderosa a manos de un intérprete en una orquesta. No, tal sonido que estaba yo escuchando era una flauta tocada con tanto odio como pudiese alguien expresar. Las notas eran un sinfín de subidas y bajadas desafinadas y sin relación alguna que, sin embargo, iban a buen pulso. Y no sé si fue obra de mi mente dañada por la terrible experiencia del silencio total o si fue realmente así, que noté que la fuente del sonido daba vueltas alrededor mío y que, en cada pulso, emitía un ruido sordo. Al principio no era más que un detalle que casi se ocultaba entre los armónicos de la flauta,

pero, después de algunos segundos, ya era inevitable escucharlo. Eran, sin duda, pisadas de algún tipo de animal y advertí, para horror mío, que la luna había por fin logrado proyectar algo de su luz entre la neblina y dejado al descubierto una sombra humanoide que me rodeaba al compás de la flauta.

En ese momento caí al suelo, presa del terror, y observé cómo dos ojos rojos que habían surgido de la sombra, me observaban, casi como burlándose de mi horror. Salió de entre la niebla, entonces, un enorme y grotesco macho cabrío, apoyado sobre sus patas traseras como cualquier hombre.

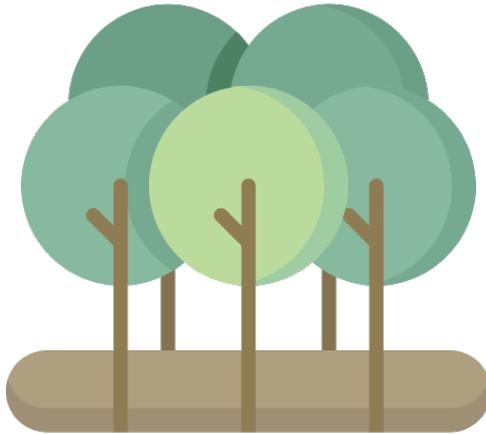


RELATOS



En la mano derecha llevaba la flauta de palo horriblemente retorcida. Ante tal horrenda visión caí de espaldas, ya casi inconsciente de lo que pasaba a mi alrededor. Sentí cómo dos brazos me agarraban por la espalda, y mi

último recuerdo, que es tan patente como cualquier otro, no llega a ser más que aquellas horribles caras de Pablo y el tal señor Hoffman, que se sonreían mientras me arrastraban a alguna parte más allá del tiempo. ✍️



Johannes Augustus Löwe (seudónimo) es alumno de 1º medio, entre sus gustos se encuentran la historia, la heráldica, la literatura y la música.



| RECETA DE CECILIA MERY |



Flan de manjar

Ingredientes

- 3 tarros de leche condensada, hechos manjar.
- 10 huevos.
- 750 cc de leche entera.
- 1 cda de esencia de vainilla.
- 1 taza de azúcar.
- ¼ taza de agua.

Preparación

Poner el azúcar con el agua en una olla, poner a fuego medio hasta que tome un color caramelo, luego poner en un molde de flan que tenga forrado el fondo.

En un *bowl* batir los huevos e ir agregando de a poco el manjar, la vainilla y la leche, mezclar bien, colar para sacar cualquier resto de huevo que pueda cuajarse.

En el horno cocinar a 150 grados por 2½ a 3 horas.

Dejar que se enfríe en el mismo horno y después colocarlo en el refrigerador.

Lo ideal es hacerlo de un día para otro.



@ceciliamerycocina

Para más recetas y clases de cocina



| REFLEXIÓN PARA ESTOS TIEMPOS |

por el Equipo de Pastoral



Es invierno. Es un hecho. No lo podemos cambiar.

Tampoco que haya pandemia. Ni muchas de sus consecuencias.

No podemos salir de casa, hay muchas cosas que nos gustaría hacer, y ahora no podemos.

Puedo sentirme cansado, *chato*, triste, incluso deprimido, de mal humor. Pero esto sí lo puedo cambiar. No tiene por qué ser así.

Tú decides. Tú puedes ser un poco más dueño de ti mismo para gobernarte, para decidir si quieres vivir contento, en paz, en alegría. En invierno, con pandemia, muy limitado en miles de cosas, pero feliz y contento.

¿Cómo? Sé luz para los que te rodean en tu casa. Decide que hoy vas a hacer algo por las personas que te rodean, algo que a ellas les alegre, algo que les guste.

No importa qué sea, si grande o pequeño, importa que se sientan amadas, queridas por ti.

No seas el centro, que lo sean los otros... y entonces serás un poco más dueño de ti mismo, y vivirás más feliz, con más alegría. Prueba. Solo por hoy. Vive como vive un cristiano, con esperanza, amado.

Es invierno, hay pandemia, estoy limitado, y vivo contento y feliz. Vive como vive un cristiano, amando con alegría y esperanza.

EQUIPO



EDDA

Av. La Plaza 1150, 7610702 Las Condes

Nº1 • Julio 2020

Contacto: +56 9 3258 2477

Director de publicación Santiago León
Director adjunto Nicolás Larraín

REDACCIÓN

Autores Andrés Caviedes
Nicolás Larraín • Santiago León
Martina Mariné • Cristóbal Vásquez
Equipo de Pastoral

ELABORACIÓN

Diseño y maquetación Santiago León
Diagramación y asesor de diseño C. B. C.
Dibujo de portada vectorpocket
Imágenes por Freepick • brgfx • strip • Nikita Golubev • monkik • Smashicons

Digitalizada en Chile • Digitalized in Chile • Numeriséé au Chili

© Edda. Santiago, 2020 MMXX
Reproducción permitida con la debida acreditación.
Revista de distribución gratuita.

Publicada el viernes 10 de julio de 2020

www.colegiocumbres.cl
[@colegiocumbreschile](https://twitter.com/colegiocumbreschile)
[@cultura.cumbres](https://twitter.com/cultura.cumbres)